

I. Martínez Fernández, *El ejemplo y su antagonista. Arquitectura de la imitatio en la filosofía de Cicerón* (=Lexis Supplementi Studi di Filosofia Antica 3), Venezia, Edizioni Ca'Foscari, 2021, 232 pp. [ISSN: 2784-9201].

Cicerón es una figura clave para nuestro conocimiento y comprensión de la crisis de la República romana. Es probablemente, además, uno de los personajes de la antigüedad clásica mejor conocido gracias a la exposición que hizo de su vida en los discursos, tratados y cartas que nos han llegado. Por todo ello, la bibliografía que le rodea es inmensa y, aún así, sigue siendo fuente casi inagotable de nuevas investigaciones. Este es el caso del reciente libro de Iker Martínez Fernández, profesor de Historia de la Filosofía Antigua en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. La monografía tiene como objetivo comprender el recurso a la *imitatio*, es decir a la “imitación”, en la propuesta que hacía Cicerón de una elocuencia filosófica como instrumento clave para el gobierno de la República. Este ejercicio supone una revisión de los principales tratados retóricos y políticos del autor para comprender la originalidad de su pensamiento, pero también una exploración del contexto cultural y político en el que vivió Cicerón, lo que lleva a comprender mejor su propuesta sobre el buen gobierno. La virtud de la obra y de su autor está, así pues, en la capacidad de combinar un enfoque filosófico y uno histórico al mismo nivel de profundidad. La interdisciplinariedad, como se pregona constantemente en los ambientes académicos, es un elemento enriquecedor de la investigación. Cuando se trata de Cicerón y del pensamiento romano en general, es probablemente la única vía posible para comprender lo que fue la reflexión escrita en Roma. Con ello, como demuestra esta obra, se consigue hacer justicia a sus autores y de paso se supera el juicio de valor que parece pender eternamente sobre sus cabezas, como históricamente ha sucedido en el caso de Cicerón y el autor recuerda en el primer capítulo del libro.

En este primer capítulo, se presentan con claridad las dos ideas principales que vertebran la investigación: por un lado, que la obra de Cicerón no es una mera compilación de retazos de filosofía griega, sino que surge como una respuesta personal a las proposiciones de los filósofos helenísticos por parte de un político en activo que vive en medio de una crisis institucional, la de Roma en el siglo I a.C.; por otro lado, que en esta respuesta tiene un papel clave el ejercicio de imitación de los grandes oradores políticos, una actividad sobre la que Cicerón no teorizó nunca de forma ordenada y completa, pero que puede rastrearse en sus tratados y discursos (p. 25). Esta imitación tiene, según Iker Martínez, una raíz filosófica. No es un simple gesto de autoafirmación de un “hombre nuevo” en una sociedad tradicional en la que el precedente lo es todo. Esta perspectiva, en la que prevalece una interpretación basada en el contexto político del personaje, es la que sostiene Henriette van der Blom en su magnífica obra *Cicero's Role Models. The Political Strategy of a Newcomer* (Oxford University Press, 2010). Sin negar la validez de

este enfoque, el autor considera que el ejercicio de la imitación tiene una dimensión más profunda en la obra de Cicerón, una dimensión marcadamente intelectual.

El segundo capítulo está dedicado a revisar la idea del orador perfecto en Cicerón como referente necesario para comprender el acto de imitación. Este orador perfecto es el prototipo de político que ha de regir la República y para ello ha de practicar una elocuencia filosófica y un estilo oratorio propio. Iker Martínez desgrana de forma minuciosa cómo llegó Cicerón a construir este ideal que, por un lado, atendía a la tradición romana y a las necesidades políticas inmediatas de una ciudad en crisis y, por otro, se cimentaba en una reflexión filosófica griega que Cicerón había conocido a través de las escuelas helenísticas. El autor muestra con claridad la capacidad del pensador romano para seleccionar aquellos elementos de la reflexión helena que mejor convenían a la formación de su ideal de orador perfecto. Se percibe así la libertad y alejamiento que tenía con respecto a unas escuelas filosóficas que de por sí no eran dogmáticas y también la perspectiva histórica con la que comprendía el fenómeno de la reflexión intelectual griega. Es precisamente esta perspectiva la que le permite sostener que elocuencia y filosofía estaban unidas antes de Sócrates y que deberían volver a unirse para superar el estadio actual (helenístico) en el que la retórica había quedado limitada a un ejercicio escolar y la filosofía a una especulación sin consecuencias prácticas. Por el contrario, el perfecto orador, político de la República romana, debe actuar y basar su actuación en una reflexión de lo probable (dada la imposibilidad de alcanzar la verdad) que se construye a través de un discurso bien argumentado y persuasivo. Cicerón encontraba así en la Nueva Academia de Carnéades el sustento filosófico de lo que, creía él, debía ser la actuación política en Roma: no la puesta en práctica de unos principios verdaderos y esenciales de buen gobierno, sino el diálogo permanente entre distintas posturas que situaría la praxis política en el camino más recto humanamente posible.

Quedaba por determinar qué estilo retórico debía practicar el perfecto orador y en este punto entra en juego la cuestión de la imitación. Según el autor, Cicerón sigue aquí de cerca el concepto platónico de *mimesis* que suponía una operación de reproducción, en la realidad, de unas ideas concebidas solo intelectualmente. Por ello, no se trataba de imitar simplemente profesores de retórica concretos, estilos específicos o excelentes oradores. Tampoco pretendía Cicerón que las jóvenes generaciones de políticos romanos le tomaran a él como ejemplo en sentido literal, por mucho que en sus obras de retórica sobrevuele la idea de que, si existe un orador perfecto en Roma, ese es él. La clave de la imitación, en realidad, comienza por la observación de ejemplos concretos de elocuencia de los que extraer rasgos y peculiaridades retóricas loables que el joven orador esté en disposición de adoptar. La imitación es, por tanto, un proceso individual e irreplicable que ha de tener en cuenta las capacidades propias de cada aprendiz de retórica y que tiene como objetivo generar unos modelos teóricos que el orador debe saber combinar y poner en práctica para alcanzar así un estilo distintivo y único. De esta aproximación a la imitación se extraen dos conclusiones: por un lado, que no existe un único modelo de orador perfecto y, por otro, que la perfección no se alcanza nunca mediante la copia integral de un orador perfecto. El procedimiento es más complejo y flexible, un camino personal del joven orador que ha de identificar los excelentes ejemplos de elocuencia entre sus mayores y abstraer de ellos modelos que deberá saber adaptar personalmente en una nueva y distintiva configuración.

El capítulo tercero se centra en el análisis de lo que podríamos considerar el proceso inverso a la imitación, la determinación de un modelo antagonista, y con ello pasamos del ámbito de la retórica al de la política, y de la reflexión abstracta al conflicto personalista que en última instancia fue la crisis de la República. Política y retórica, como se ha comentado, no son independientes en el pensamiento de Cicerón. El perfecto orador es ante todo un hombre político, que siguiendo la expresión de Catón ha de ser un *vir bonus*. Cicerón elabora algo más esta propuesta y lo considera un sabio que ha de practicar todas las virtudes y tener conocimientos filosóficos, aunque sin ajustarse por completo al modelo que proponían escuelas helenísticas como el estoicismo que resultaban inalcanzables y poco útiles a la República. Ese sabio era claramente un modelo ideal para el que no era posible encontrar ejemplos en el pasado como pone de manifiesto la historia de la oratoria romana que es el *Brutus*. Cosa distinta es la determinación de un antagonista para este sabio orador, pues el modelo contrario es siempre una persona individual, concreta, a la que el juego político de la crisis de la República puso enfrente del cónsul de Arpino en algún momento, es decir, son Catilina, Clodio y Marco Antonio. En línea con el pensamiento platónico, Cicerón consideraba que todos los seres humanos eran racionales y estaban capacitados para hacer el bien. Eran la educación y el ambiente en el que determinadas personas crecían lo que podía inclinar a alguien hacia el mal, y eso había sucedido con sus tres enemigos. Iker Martínez analiza los discursos dedicados a estos personajes para concluir que a través de ellos Cicerón va paulatinamente construyendo un modelo ideal de político nefasto prototípico que culmina en las *Filípicas*. Este anti sabio, probablemente tan irreal como el perfecto orador, representaba todos los males de la época, de la perversidad moral a la corrupción política pasando por una exagerada e indecorosa oratoria.

En el cuarto y último capítulo de la obra, el concepto de imitación de Cicerón se pone en relación con el fenómeno de la memoria, especialmente la memoria escrita, tanto la que existía a finales del siglo I a.C. como la que él mismo generó. Aunque teóricamente el orador perfecto se nutre de ejemplos vivos contemporáneos, la lectura de discursos pasados es concebida también como un buen complemento (p. 112). Pero la cuestión de la memoria escrita va más allá. Como bien apunta el autor, Cicerón generó una memoria colectiva útil al recuperar y reconstruir en sus tratados la formación y valía de políticos y oradores de finales del siglo II y principios del I a.C., de Publio Cornelio Escipión Emiliano a Lucio Licinio Craso. Por otro lado, el ejercicio de traducción de obras griegas o la mención de citas que se aprecia en la obra de Cicerón son a la vez actos claros de imitación y de mantenimiento de una memoria. En otras publicaciones el autor ha demostrado que esta estrategia imitativa está presente en el mundo helenístico (“*Imitatio* e intertextualidad: notas para una historia de la *imitatio*”, [en] R. Gutiérrez Aguilar (ed.), *Predicar con el ejemplo. Ser y deber (de) ser en lo público*, Barcelona, Bellaterra, pp. 285-305). Sin duda es así, pero se podría puntualizar que tratándose de un autor romano inmerso en una tradición literaria relativamente reciente, que surge esencialmente vinculada a la trayectoria cultural griega, este fenómeno de *imitatio* y memoria adquiere una dimensión especial. La perspectiva que ofrece este último capítulo sobre la imitación como recurso de estabilidad para recuperar un funcionamiento político fallido a partir de modelos humanos concretos que se presentan en sus diálogos es una idea sumamente interesante y probablemente merece una atención más detenida. En realidad, la imitación de figuras destacadas había sido siempre la base de la educación

de la aristocracia romana, que se materializaba en las visitas al foro, en la asistencia a juicios y funerales o en la participación en el consejo de los gobernadores provinciales por parte de los jóvenes. El mecanismo estaba ya vigente, pero Cicerón introduce algunas novedades. La primera de ellas es la escritura, que posibilita recuperar del pasado con mayor detalle y complejidad figuras que una memoria oral tradicional simplificaría enormemente. La segunda, y como continuidad de la primera, es que esas figuras son presentadas no por sus logros cívicos, sino como exponentes de una reflexión política que pretende buscar al perfecto orador y *rector rei publicae*. Apunta justamente Iker Martínez que Cicerón está lejos de generar un modelo basado en la razón al estilo platónico. Pero en realidad también lo está de una memoria colectiva integradora como la que había existido en Roma tradicionalmente. Por el contrario, su reflexión le lleva a crear prototipos ideales, tanto en el ámbito de la retórica como en el de la política, que no tenían precedentes en el imaginario colectivo romano. Antes la aspiración era ser un gran general y senador como Escipión Africano el Mayor. Ahora Cicerón ponía el listón mucho más alto, justo en un momento de crisis moral (o precisamente por ello) en el que había una plena conciencia por parte de la aristocracia de que el sistema político estaba fallando.

En conclusión, el libro es una magnífica exploración del concepto de imitación en Cicerón y de las distintas manifestaciones y ramificaciones que adopta en su obra. El tema no carece de complejidad y, aún así, está escrito con notable claridad y fluidez. En su interpretación el autor sigue, de forma declarada, la estela de Carlos Levy (*Cicero Academicus*, 1992) incidiendo en la importancia de Platón y su escuela como referente en el pensamiento ciceroniano. La obra, además, presenta una acertada aproximación generalista que tiene en consideración toda la producción literaria de Cicerón incluidos sus discursos. Esto es especialmente importante para un autor que nunca tuvo en mente la creación de un sistema filosófico completo. Por ello, no es posible esperar una presentación sistemática y ordenada de todas sus ideas. Sin embargo, eso no significa que no existan y puedan rastrearse a lo largo de su producción escrita. Eso es lo que hace magistralmente en esta monografía Iker Martínez.

Ana Mayorgas Rodríguez  
Universidad Complutense  
[anamayorgas@ucm.es](mailto:anamayorgas@ucm.es)